

Sólo, soplando a veces, la dulce calma altera,
En olas cual escamas bordando su ancha faz.

Son las primeras naves
De vela y de tal pompa
Cuya alta prora rompa
El vasto mar del Sud.
Al grupo de las islas
Que llaman de las Perlas
Avanza Vasco Núñez y, al cabo, logra verlas
Surgiendo de las aguas en blanda tinta azul.

Quiere explorarlas Núñez,
Y entra en sus altos fines
Los otros bergantines
En ellas construir;
Y, ya cabal su armada,
Al Austro diligente
Las ignoradas costas del nuevo continente
Hasta do hallar consiga su término, seguir.

Mas tórnale la espalda
De nuevo la fortuna:
Ceño en su frente bruna
Muéstrale pronto el mar.
Viene a encrespar sus olas
El Ábrego violento,
Y a unir a la voz de éste la tempestad su acento,
Y el pálido relámpago la escena a iluminar.

Núñez creyó ver grupo
De islotes escarpados
Que azota en sus costados
Del piélago el furor;
Pero, avanzando luego,
Hallan de espanto llenas
Sus gentes que las islas no son sino ballenas
De insólita pujanza, de colosal grandor.

Sólo ellas afrontaron
Como la enhiesta roca
Del mar la furia loca,
Del viento el frenesí.
La voz de la tormenta
Que el rayo ardiente fragua,
Llegando a sus abismos, sacólas a flor de agua
A que la horrible lucha miraran desde allí.

Huela el terror la sangre
A los marinos bravos;
Júzganse, de él esclavos,
Presa del leviatán.
Con diligencia ruda
Del sitio aquel se alejan,
Y luego en sus embates olas y viento cejan,
Y al Norte y al Oeste va huyendo el huracán.

Tras la fatiga inútil
Sin ánimo ni aliento,
Siendo contrario el viento,

Brava la mar aún,
 Torna la prora al istmo
 Núñez con pena fiera,
 Aunque ignorando entonces que esta es la vez postrera
 Que mécele en sus ondas el ancho mar del Sud.

XIX.

Del turbulento Balsas en la margen
 Vuelve el marino audaz a alzar sus tiendas,
 El contrastado esfuerzo no vencido
 De nuevo aparejando a luchas nuevas.
 Mano puso a los otros bergantines;
 Mas cuando a su labor ruda se entrega,
 Vienen de Acla rumores alarmantes:
 Nuevo gobernador allá se espera;
 Lope de Sosa a Dávila sucede
 Según las de la Corte últimas nuevas.
 Desalentado Vasco teme acaso
 Que sus pasos y planes entorpezca;
 Llama a sus oficiales a consejo
 Y, opiniones pesando, en él se acuerda
 Si el anunciado cambio se confirma,
 Ejecutar sin dilación la empresa;
 Y despachado en tanto es Garavito
 A que recoja y dé noticias ciertas.
 ¡Ay! que con ello Núñez, confiado,

A su enemigo capital se entrega;
 Que el traidor a Pedrarias dicho tiene
 En recibida ya carta secreta:
 «Finge Núñez estar dispuesto a unirse
 En lazo conyugal con la hija vuestra,
 Para encubrir sus planes y engañaros
 Y hacer su expedición de propia cuenta.
 Cuando listos, al fin, sus buques halle,
 Ha de partir en ellos con Careta
 A fundar hacia el Sur nuevas colonias,
 A vuestra autoridad rota la rienda.»

Del campamento sale Garavito
 Y a la ciudad, de noche, no bien llega,
 Oye que al arribar ha muerto Lope,
 Y su propia misión traspirar deja.
 Le prenden los esbirros de Pedrarias,
 Éste de sus papeles se apodera,
 Ávido los registra uno tras otro,
 Hace al preso venir a su presencia,
 Y Garabito allí, terror fingiendo,
 Confirma delaciones y sospechas.
 La enemiga fortuna luego acude
 Por medio inesperado a rendir pruebas.
 El Hernando de Argüello que en los planes
 Del gran Descubridor metió su hacienda,
 Al saber lo que afirma Garabito,
 Pliego a Núñez envía con cautela
 Noticiándole todo, y que al instante
 Parta al Sur con sus naves le aconseja.

Mensajero y papel son detenidos
 Y a poder del sutil Dávila llegan;
 Va a la cárcel Argüello; aquél escribe
 A Vasco así con intención aviesa:
 «Antes de que partáis, venid conmigo
 A hablar de cosas públicas y nuestras;»
 Y a Pizarro previene, que al encuentro
 De Núñez va con escogida fuerza.

XX

No lejos de su tienda estaba Núñez
 De sus gentes cercado, en noche fresca
 Tras el calor del día, conversando
 Con excelente humor que al corro alegra.
 Y, como hubo de alzar la vista al cielo
 Y de hallar en atmósfera serena
 Y en la anunciada posición temible
 La que le dijo Codro ser su estrella,
 Del astrólogo el fallo relatando,
 «Ved, exclamó, lo que es la humana ciencia:
 En este mismo instante inevitable
 Peligro me circunda según ella;
 Y listos ahí están mis bergantines
 Y mis gentes armadas y resueltas;
 Gozo el favor del Rey y de Pedrarias
 Y mi gloriosa fama el orbe llena.»

Y hablaba todavía Núñez, cuando
 Los mensajeros de Acla se le acercan,
 Rendidos le saludan y la carta
 De su presunto suegro allí le entregan,
 Sin que le deje el breve contenido
 Ni temores ni sombra de sospecha.

XXI.

Vasco en marcha se pone al otro día
 Y las altas montañas atraviesa.
 Al verle alegre, ufano y confiado
 Los mensajeros recorrer la senda
 A cuya extremidad cual lobo astuto
 Vil enemigo en él ha de hacer presa;
 Cediendo a irresistible simpatía
 Que en cuantos le oyen o le ven despierta,
 La delación de Garavito, el caso
 De Hernando Argüello y la intención siniestra
 Con que Pedrarias Dávila le llama,
 Porque se fugue y salve le revelan.
 Un punto Vasco, atónito, pasmado,
 Dudando estuvo si de allí se vuelva
 A la orilla del Balsas donde tiene
 Su gente armada ya, sus naves prestas;
 Mas, tornando a la ciega confianza
 Que al acusado inspiró su inocencia,

Ir resuelve ante Dávila y hablarle
 Y la calumnia así dejar deshecha.
 Sigue adelante, pues, y con Pizarro
 Que en busca suya va, luego se encuentra.
 «Preso dáos, Señor,» éste le dice,
 A tiempo que su tropa a Núñez cerca
 Y le desarma y cárgale de grillos.
 «¿Es posible, Pizarro?» en son de queja
 Vasco sin demudarse le pregunta,
 Y él le responde: «La consigna es ésta.»

XXII.

Con asombro de Acla y sus vecinos
 De nuevo se halla Núñez en la cárcel.
 Dávila en ella le visita y habla,
 No cual gobernador, mas como padre.
 Que es víctima de ocultos enemigos
 Dale a entender, que acusaciones graves
 Pesan sobre él, la autoridad teniendo
 Obligación de oírlas y juzgarle.
 Causa está ya formándole Espinosa
 Que en la nueva ciudad funge de alcalde.
 Que contra el Rey conspira; que en las playas
 Del Sur nueva colonia ha de fundarse
 Por él con gente y armas del Estado
 Y emanciparse en ella entra en sus planes,

Dice la acusación; y le acumulan
 Cargos —quizá desvanecidos antes—
 Por el fin desdichado de Nicuesa,
 Por las quejas de Enciso y sus parciales.
 La máscara Pedrarias luego arroja
 En la prisión volviendo a visitarle.
 «Traidor, le dice, a derrocarme aspiras
 Pagando mis favores con maldades,
 Sembrando la anarquía en la colonia,
 Dishonrando tal vez mi propia sangre;
 Mas tiénete en sus garras la justicia
 Y de ellas esta vez no has de salvarte.»
 Altivo e indignado le responde
 Vasco Núñez: «¿Si fuera yo culpable,
 Para entregarme a tí venido habría
 Teniendo enfrente el mar, listas mis naves
 Y animadas mis gentes y resueltas
 A seguirme?» Al oír razones tales
 Pedrarias no su peso desconoce,
 Mas la luz que le dan llégale tarde.
 Ha perseguido y ultrajado a Núñez,
 Y aunque noble le estima y de alma grande,
 Recela, y con razón, que, absuelto y libre,
 Ha de vengar persecución y ultrajes.
 La causa ya de sentenciarse a punto,
 A Dávila Espinosa envía, en balde
 Pidiendo que los méritos del reo
 A la justicia en su favor ablanden.
 Inútiles los ruegos de Isabela
 Y del Obispo son en aquel trance: